

nes poéticas, entre las cuales están los siete célebres poemas *Moallake*. Desde Mahoma y el Korán data toda la significación literaria de los árabes. Durante el imperio de los Omniadas, las letras están restringidas al Korán, á su tradición y á la poesía, porque á imitación del *profeta iliterato*, como se decía á sí mismo Mahoma, rehusaba aquella dinastía toda ciencia como inútil y peligrosa, aislando así la acción intelectual y las creencias (1). Los Abasidas de criterio más amplio y partidarios de la doctrina unitaria, trataron de reconciliar la razón y la religión, restableciendo la armonía del orden físico, intelectual y religioso. A ellos hay que referir todo el inmenso caudal de obras filosóficas, teológicas, físicas, médicas y gramaticales arábicas; las traducciones, diccionarios enciclopédicos de carácter general y técnico, y todo linaje de erudición que han cultivado los musulmes. Cerca de diez mil autores árabes ha contado Hammer (*Litterat. Geschichte d. Arab.*), sin enumerar otros cuyos escritos se han perdido. De ellos ciertamente, no pequeña parte corresponde á los estudios literario-lingüísticos, toda vez que en el siglo XV hacía ascender Sayonti á 2.500 el número de gramáticos salidos en su mayor parte de las escuelas de Kufa y Bassora.

Concretándonos á nuestro objeto, la primera época filológico-lingüística corresponde entre los árabes al período religioso, que abarca el primer siglo del mahometismo. Para los árabes era gran profanación traducir el Korán á lengua alguna, y por otra parte érales sumamente difícil conservar incorrupto el texto de su libro por excelencia y la unánime interpretación

---

(1) Es bien conocido el dilema formulado por Omar, cuando Juan el *Gramático* pidió á Amrú, reservase algunos libros de la biblioteca alejandrina. "O tales libros están conformes al Korán, ó le son contrarios; si lo primero, deben desaparecer por inútiles, si lo segundo deben desaparecer por perjudiciales." Con esta lógica se procedió á la quema de la biblioteca, en la forma que refieren Abdalatif y luego Abulfaraj, de donde toman sus datos los historiadores sobre esto. La mencionada biblioteca de Alejandría, destruida antes varias veces, distaba de tener la importancia de la primitiva de los Ptolomeos. Como prueba del fanatismo antiliterario de Omar, y de que los árabes podían recibir de muy diversas fuentes el saber, merecen citarse estas palabras de Ebu Kaldun: "¿Qué fué de las obras científicas de los persas, que Omar hizo destruir al conquistar el país? ¿Dónde están las de los sirios, caldeos y babilonios? ¿Dónde las de los egipcios que les precedieron?...". Indicio claro de los múltiples orígenes de la cultura arábica de aquella edad.

del mismo, si no se procuraba mantener de una manera firme la integridad de la lengua y la de las significaciones primitivas. Entre las causas que hacían indispensable la unificación hay que contar el espíritu de conquista y de imposición universal del Korán, que hubiera dado origen á una invasión enorme de extranjerismos; la falta de puntuación ó sea la ausencia de vocales, ocasionada siempre á alteraciones graves en la lengua, en el texto y en la significación, pues de ella depende la interpretación que en árabe como en las demás lenguas semíticas puede tener una palabra; la división de sectas nacidas en el seno del islamismo, y la misma naturaleza intrincada del texto, sus repeticiones y el criterio exegético que reclama un libro no compuesto de una sola vez ni por uno solo, y posterior en varios trozos á la existencia de Mahoma (1).

---

(1) El Korán guardado ab aeterno, según los musulmanes, sobre una mesa tan grande como el espacio que custodiaron millares de ángeles para que los malos espíritus no tocasen al texto sagrado, y que desde el séptimo cielo, donde se hallaba cerca del trono de Dios, fué traído por el arcángel Gabriel al Profeta, es una obra de formación sucesiva, sin unidad de plan ni de pensamiento, y en la cual no sólo hay desproporciones de estilo y hasta de extensión (tan extremadamente largos los primeros capítulos, como cortos los últimos), sino también repeticiones y contradicción en las ideas, sin orden de tiempo ni de materias; esta falta de unidad, esta confusión de doctrinas judaicas, persas y cristianas, de principios verdaderos y principios falsos, de verdades elevadas y afirmaciones absurdas, ha sido ocasión de un movimiento filológico general, por lo mismo que ha constituido siempre para los teólogos musulmanes, para los exégetas y expositores, dificultad grave, la cual no han hallado medio de superar sino acudiendo á derogaciones sucesivas del texto, hechas por Dios. Según ellos estas derogaciones son unas de la letra, conservando el sentido, otras del sentido conservando la letra, y otras derogando letra y sentido. La falta de vocalización, pues ésta entre los árabes como entre los judíos es posterior al texto religioso, ocasionó diferencias marcadas de interpretación, á pesar de haberse instituido los *Mokris*, especie de custodios de la genuina lectura. A su vez la falta de crítica ocasionó la diferencia en los versículos, que en las siete ediciones del libro (dos en Medina, una en la Meca, una en Cufa, las restantes en Bosra y Siria), varían desde seis mil hasta seis mil doscientos cuarenta y tres. Finalmente la falta de uniformidad en las creencias y tradiciones ocasionó la división de musulmanes en *ortodoxos* y *heterodoxos*, según admitan ó no la doctrina del *Sunna* (doctrina de la *tradición*, comparable á la *Mischna* judaica), sin contar las subdivisiones consiguientes

El dialecto Koreysh hablado en el centro de Arabia quedó definitivamente establecido con el Korán como lengua religiosa que debía prevalecer en todos los dominios musulmicos, y pronto se dejó sentir en ella la necesidad de los estudios á que nos referimos, motivados por las causas dichas. Pues como observa Renán en su *Hist. des lang. Semit.*, suponiendo que la lengua del Korán tal como resulta de la primera compilación de Zeyd (por los años 634), era la lengua vulgar del grupo musulmán que seguía á Abú-Bekr y Omar, es necesario admitir que al poco tiempo (quince años después), ya dicha forma de lenguaje era extraña á muchos seguidores del islamismo. Zeyd tuvo ya que ocuparse de reformas gramaticales, tratar de reducir las variantes y unificar la ortografía en el mismo dialecto koreysh. Los solecismos de los nuevos creyentes crecían tan rápidamente, que llegaron pronto á preocupar y aún molestar á los primeros seguidores de Mahoma. (Cf. Sacy y Hammer en su *Litteraturgeschichte d. Araber* entre otros).

Entiéndase que al hablar del árabe koreyshitico como *dialecto* sancionado por el Korán para lengua religiosa, no intentamos legitimar la tradición de los gramáticos musulmanes, cuyas huellas en esto sigue Renán, según la cual el advenimiento del islamismo hizo surgir la unidad lingüística arábiga con la imposición del *dialecto sagrado*. Esto es completamente arbitrario y falso, pues la uniformidad del idioma arábigo, es tan íntima y sostenida que no permite pensar en unidad alguna impuesta literariamente, ni menos en formas dialectales en el sentido que tiene esta denominación en las lenguas europeas, de lo cual por otra parte no queda vestigio histórico, como observa justamente Nöldeke (*Die semitisch. Sprachen*) y repiten Brockelmann (*Gesch. d. Arab. litt.*), Italo Pizzi (*Letterat. araba*) etc. No ha habido, pues, unificación lingüística arábiga con el Korán, por la sencilla razón de que no existió antes de él diversidad de formas dentro de dicho lenguaje. Las variantes que permitía el idioma, por las cuales se diferenciaba el habla de ciertas tribus, y en lo cual se funda la distinción antigua del *himyar* y del *koreysh*, fueron siempre muy

---

tes en estas ramas. (V. sobre el Korán, entre otros, la *Geschichte des Quorans* de Th. Noeldeke).

Es lo más verosímil que no llegó Mahoma á conocer el Evangelio, alcanzando tan sólo noticias de algunos evangelios apócrifos, con los cuales hay ciertas analogías en el Korán, en especial con el llamado de S. Bernabé, usado entonces por varias sectas cristianas.

secundarias y puramente léxicas, lo cual se ve comparando las inscripciones que nos quedan en himyar con el árabe del Korán, que siendo lo más distanciado, están estrechamente ligadas al tipo del árabe clásico. Hablar, pues, del dialecto koreish es sencillamente hablar de la lengua común en la forma en que era usada por la tribu de donde salió Mahoma, forma que prevaleció universalmente.

Desde el primer siglo de la Egira, y debido á estas causas, comenzó la formación del primer diccionario arábigo, de carácter etimológico y según el orden de raíces, al par que de significaciones generales de las palabras; el cual diccionario fué perfeccionándose sucesivamente, debido en especial á los trabajos de Firuzabad. Con igual motivo, debemos recordar por esta época los nombres de Abul-Aswad el fundador de la escuela de Bassora y de Abul-Hasan fundador de la de Kufa y protegido del célebre Harum-al-Raschid, quien reunió en su corte á todos los sabios más ilustres que halló en los países conquistados, y elevó á grande altura la Academia de Bagdad. Harum queriendo terminar las controversias sobre el Korán, fijó el número de comentaristas que debían ser oídos é hizo cargar doscientos camellos con los escritos de comentadores y controversistas, que mandó arrojar al Tigris. Discipulo de Abul-Hasan fué el hijo de Harum, Al-Mamun, gran protector de las letras como su padre, el más erudito de los califas, pues además de sus vastos conocimientos sobre muchas ciencias, poseía con el árabe, el hebreo, el indio, el persa y el griego, y el más significado por su munificencia á los lingüistas y sabios en los Abasidas.

El periodo *tradicional* de la lingüística árabe comienza con el siglo segundo de la Egira, en el cual se completan los estudios de gramática y aparecen los de compilación enciclopédica y filológica. Los filólogos Açmai y Abu-Abaida, hombres de extraordinario saber, corresponden á esta época.

El periodo *científico*, que comienza en el tercer siglo y continúa hasta la total destrucción del Kalifato á mediados del siglo XIII, comprende un general movimiento de enseñanza é instituciones, de creación de escuelas, cátedras y bibliotecas, de ciencias filosóficas, matemáticas, astronómicas y filológicas, cuya influencia se hizo sentir en toda Europa (1). A los princi-

---

(1) Las fases que acabamos de señalar responden directamente á la cultura filológica arábiga cual conviene á nuestro objeto. Por lo que hace á las de la literatura árabe en general, podemos distin-

pios de este período corresponde el *gramático por excelencia* Abu-Zaid, más conocido por Al-Ansari, y el célebre discípulo de Açmai *Sidjistani*, gramático y lexicógrafo de renombre justificado. Cierran este período el gran retórico y gramático Abu-Ibn-Mohamed Kasem, denominado también Hariri, entre cuyas

---

guir un *período primitivo* que se extiende desde los primeros tiempos hasta los de los Abasidas (750 de J. C.); período genuinamente arábigo, no sólo por el carácter de las composiciones literarias, sino también por sus autores casi exclusivamente árabes. Un *período clásico* de la literatura musulmana, en el cual si bien se escribe en árabe, entran á formarlos todos los diversos elementos musulmicos, desde el Khorassan hasta España, y desde el Cáucaso hasta el Sahara; período que corre desde los Abasidas hasta la caída del Califato con la invasión Mongólica (750-1528). Un *período de decadencia* que alcanza desde la caída del Califato hasta la toma del Egipto por Selim (1515), si bien puede decirse perpetuado hasta el siglo XX, porque toda la moderna literatura arábigo dista inmensamente de sus antiguos esplendores, á los cuales no volverá mientras el contacto con sólidas civilizaciones no coloque á los hijos del desierto en circunstancias psicológicas análogas á las de otro tiempo, si no es que deba negarse la existencia de una cultura rigurosamente arábigo, como quieren no pocos, ya que en Europa y con elementos europeos se formó el cuerpo científico presentado en árabe, y fuera de Europa y por cuenta propia no han sabido los musulmanes ni principiar ni continuar, ni siquiera conservar lo que llamaron su cultura, tan sólo ó casi sólo por verterla á su lengua. En el primer período señalado, hay dos épocas: una anterior al Korán, compuesta exclusivamente de poetas *mayores y menores*, entre ellos algunos judíos y cristianos, bien que por completo identificados en fondo y forma con los demás; y otra posterior al Korán, señalada principalmente con las tendencias literarias pobres y de imitación semiplagiaria del tiempo de los Omniadas. Otras dos épocas se distinguen en el segundo período, en el cual prevalece singularmente la influencia persa; la primera llega hasta el siglo XI, y es el tiempo del mayor florecimiento científico-literario musulmico, con su centro fuera de la Arabia, en Bagdad; la segunda llega hasta el siglo XIII con centros múltiples desiguales en esplendor doctrinal que van perdiendo fuerzas y vigor intelectual á medida que el Imperio tiende á disgregarse. Son las dos etapas del período que deben calificarse más bien de literatura *musulmana* escrita en árabe, que no de literatura arábigo, según se ha indicado. En el último período, tomando como línea divisoria la conquista de Egipto por los árabes en el siglo XVI, cabe separar la época de imitación y reconstrucción decadente de antiguos modelos, de la época moderna sin carácter definido ni obras de valer, y abierta á toda suerte de extrañas ingerencias.

obras están los *Makamat* una de las más atractivas producciones de la literatura árabe, el historiador y retórico español Khaham y el afamado filósofo y filólogo Gazzali. Los siglos VI, VII y VIII de la Egira forman de alguna manera una parte peculiar científica, y constituyen lo que pudiéramos llamar período *crítico* de la literatura arábigo. En este tiempo florecieron, entre otros muchos, los historiadores Semani y Ech-Cherisi, Chechristani é Ibnel-Cofti, el poeta Antari, el geógrafo Idrisi, los polígrafos Ibn-Khaldum, Makrizi, Sayuthi etc.

Puede decirse que con el siglo IX de la Egira (XV de nuestra era) se acentúa el movimiento de la decadencia musulmica, la cual se extiende más y más hasta dominar por completo y consumarse en el siglo XVI con las mezclas de literatura extranjeras. Y por lo que hace á la Gramática árabe, Sibawai cierra en el siglo VIII de la Egira la historia de su formación, perfeccionando y aún consultando como quieren muchos (cf. Sacy, Antol. gram. arab.) la de Abu-Amru Isa. Como en otras literaturas, el principal número de bibliógrafos glosadores y exégetas; los trabajos de enciclopedia, diccionarios de ciencias y diccionarios arábigo-hebraicos, aráb.-griegos, aráb.-latinos, etc., corresponden entre los árabes al período de la decadencia (1).

---

(1) En punto á teorías filosóficas singularmente ontológico-psicológicas que son las que guardan relación con los estudios lingüísticos, no han sido los árabes más originales que en otras ramas del saber, antes bien su carácter y su lengua misma ofrecían aquí más dificultades que en otras disciplinas por ellos cultivadas. "Imaginer un Aristote ou un Kant (escribe Renán, no sin cierta exageración, hablando de las lenguas semíticas) avec un pareil instrument, est aussi impossible que concevoir une Iliade ou un poëme comme celui de Job écrits dans nos langues métaphysiques et compliquées." (*Hist. Gen. et système comp. des langues sémitiques*, l. I, c. 1). Sin embargo, á la manera que las exigencias literarias del Korán determinaron bien pronto entre los árabes corrientes filológico-gramaticales, las doctrinas de dicho libro y sus enseñanzas teológicas, movieron á ensayar las especulaciones filosóficas para explicarlas. No tardaron en aparecer en controversia los *cuatro puntos cardinales*, que dicen los maestros árabes (atributos divinos, predestinación, promesas, castigos), de donde se originaron sectas numerosas, y "viéronse paulatinamente aparecer, escribe Munk (*Mélanges de philosophie juive et arabe*), diversas escuelas que más tarde revistieron sus doctrinas de formas dialécticas... y las primitivas escuelas teológicas se trasformaron en verdaderas escuelas filosóficas." De la antigua filosofía helénica que tan pujante se había presentado en Gre-

Débase singularmente recordar aquí como distinguido gramático y filólogo al celebrado escritor español Malek, «dueño de la escritura y lengua arábica», «maestro de las buenas le-

cia y Roma, no quedaban ya fuera del eclecticismo cristiano donde se habían fundido las doctrinas platónicas y aristotélicas para servir á la causa los dogmas, sino restos del sincretismo alejandrino y de sus ideas neoplatónicas de una parte, y de otra los degenerados conceptos filosóficos de Platón ó de Aristóteles que á través de las múltiples sectas ya del extremo unitario como el arrianismo y eutiquianismo (prescindiendo de otras anteriores), ya del extremo anti-unitario, como en la de los nestorianos, servían de antemural á la heterodoxia.

Por estos dos caminos recibieron los árabes la filosoffa, prevaleciendo sin embargo el elemento Aristotélico sobre el platónico, no sin mezcla de la filosofía vedanta. Al-kendi, el primer filósofo musulmán y el primer admirador de Aristóteles, conocía la doctrina griega, persa é india, como hace constar Casiri. Al-Farabi estudió y expuso además de Aristóteles, los libros de Platón: «Platonis libros ejusque mentem exponere aggressus est.» (Casiri, *Biblioth. arab. hisp.*, t. I). El misticismo escéptico que aparece en la doctrina exotérica de Al-Gazzali provino de la India, cuyos filósofos le iniciaron probablemente en su panteísmo; y de ahí las contradicciones que en él reprende Tofaïl, que es á su vez representante declarado del panteísmo indio entre los árabes. Y aun el *aristotélico* Averroes (Ibn-Rosch) el filósofo árabe de mayor influencia en la filosofía del renacimiento, nos presenta en su *entendimiento superior universal*, las reminiscencias del panteísmo de Oriente.

Se ha dicho que las versiones latinas de Aristóteles en la Edad Media provenían de las traducciones árabes en la *escolástica*, que Averroes tradujo en árabe el texto griego de Aristóteles, y que de esta versión derivaron las que luego utilizaron Santo Tomás y demás filósofos cristianos medievales. Nada más falso. El texto aristotélico llegó á Averroes por las fuentes de la Siria; y á Santo Tomás llegó directamente del griego. Al primero sirvieron, á más del neoplatonismo siríaco, las escuelas siríacas peripatéticas, especialmente las nestorianas de Edesa y Nisibe, de donde procedían las versiones árabes manejadas por Averroes. El segundo utilizó, si no el texto griego, traducciones directas que le garantizaban incomparablemente mejor que las árabes la verdadera doctrina del Estagirita. Bastaría comparar los comentarios y citas de Santo Tomás con el texto griego de Aristóteles, para notar á simple vista que allí tienen su origen; por el contrario (y lo advierte también Renán, *Averroes et l'Averroïsme*, prem. partie), basta comparar los escritos de Averroes con los del Estagirita, para advertir las graves alteraciones que ponen á gran distancia las versiones árabes no sólo del texto griego sino de las versiones latinas. Por eso Santo Tomás, re-

tras al decir de sus correligionarios. La *Biblioteca universal* de Schamseddin Abu Abdallá enumeró entre sus obras *La pureza de la lengua arábica*, *La base de las palabras*, *El método*

chaza no sólo los errores averroísticos sino también con frecuencia la exposición del texto en que se fundan, y no duda afirmar el Aquinense que Averroes «non tan fuit peripateticus, quam peripateticæ philosophiæ depravator.» (Op. *Contra Averroistas*). Y por su parte el eminente Luis Vives lamentándose del excesivo honor dispensado á las versiones árabes, y después de referir un pasaje de Aristóteles alterado sobremanera por Averroes, dice justamente indignado: «Aristoteles si revivisceret intelligeret haec, aut posset vel conjecturis castigare? O homines valentissimis stomachis qui haec devorare potuerunt et concoquere!» (*De causis corrupt. artium* Op. t. I.). Por lo demás, Averroes ni hizo la primera versión árabe de Aristóteles, porque desde el siglo X existían diversas traducciones de sus obras á dicha lengua, ni pudo hacer otra nueva como quiere Bhule, porque Averroes no conocía ni el latín, ni el griego, ni el siríaco (cf. Dicc. des scienc. philosoph. art. Ibn-Rosch), únicas lenguas, sobre todo la última, de donde pudiera hacer la traducción. Por nuestra parte no creemos exageradas las siguientes palabras del citado Luis Vives acerca de Averroes: «Nomen est Commentatoris nactus homo, qui in Aristoteles enarrando nihil minus explicat, quam eum ipsum quem suscepit declarandum... Itaque videas eum pessime philosophos omnes antiquos citare, ut qui nullum unquam legerit, ignarus graecitatis ac latinitatis. Pro Polo Ptolemaeum ponit, pro Protagora Pythagoram, pro Cratylo Democritum; libros Platonis titulis ridiculis inscribit, et ita de iis loquitur, ut vel caeco perspicuum sit litteram in illis eum legisse nullam.» (*De causis corrupt. Art.* Op. t. I.).

He aquí ahora lo que sobre este punto dice Renán combatiendo á Havelot, con razón sobrada: «D' Havelot podía no conocer la versión latina de Aristóteles la cual no se ha estudiado detenidamente sino desde hace algunos años á esta parte; mas como orientalista no debiera ignorar: 1.º que Aristóteles había sido traducido al árabe tres siglos antes de Averroes; 2.º que las traducciones de los autores griegos en árabe se han hecho del siríaco y no del griego; 3.º que probablemente ningún sabio musulmán, y con certeza ningún árabe de España ha conocido nunca el griego. Esta errónea opinión, sin embargo, parece haber prevalecido desde los primeros tiempos del renacimiento. Agustín Nifo, Patrizzi, Marco Oddón, J. Bapt. Bruyérin, Sigonio, Tomasini, Gasendi, Longuerne, Moreri, y en general todo el siglo XVI y XVII han considerado á Averroes como introductor de Aristóteles entre los latinos. D' Havelot, reproduciendo este error é introduciendo en él nuevo grado de precisión, ha sido copiado por Casiri, por Buhle, por Harles, Rossi, Mideldorpf, Tennemann, De Gerando, Jourdain etc. etc. Esta misma equívocación se ha co-

*fácil, Arte métrica, Método de leer*, con un poema y comentario sobre *La conjugación de los verbos*. El *Método fácil* ha sido trabajo que alcanzó muy crecido número de comentadores,

metido en el catálogo de los manuscritos hebreos de la Biblioteca Nacional... Tal es en la historia literaria la tenacidad del error."

En un orden de cosas más general, y en cuanto á la determinación concreta de las influencias arábicas, es punto muy discutido y que no hace á nuestro objeto estudiar con todo el detenimiento que requiere. Muratori en las *Antiquitates ital. medii aevi* (t. III) supone que el Aristóteles de la escolástica vino directamente del griego, y no del árabe. Casiri, á la inversa, sostiene en su *Biblioth. arabico-hispana* (t. I), que es puramente árabe y no griego el Aristóteles estudiado por los latinos, sin excluir Santo Tomás. Brucker (*Hist. crit. philosoph.* III) aunque reconoce los principios de la escolástica anteriores á la influencia arábica, atribúyete su formación á las versiones arábigo-latinas. Tennemann (*Manuel de l'Hist. de la Phil.* I), sin negar la información directa greco-latina de los escolásticos, inclínase á que los árabes han influido poderosamente en el aristotelismo de aquéllos; Heeren (*Historische Werke*, p. 4) niega á los árabes el influjo que le atribuyen los que acabamos de mencionar; Buhle (*Geschichte der Neuern Philosoph.* I), mantiene un criterio análogo al de Brucker y Tennemann. Inclínase á favor de la filiación árabe de la filosofía escolástica entre otros, Ritter (*Hist. de la Philosoph. chret.* I), Schmolders (*Essais sur les écoles phil. chez les Arabes*), Cousin (*Hist. gen. de la phil.*), Munck (*Dictionn. etc. art. arabes*), Stockl (*Geschichte d. Phil. d. Mittelalt.* II). Toman la dirección contraria Kleutgen (*Philosoph. d. Vorzeit*, I), Tálamo (*L' Aristotelismo della Scolastica*), González (*Hist. de la Filosofía* II), Liberatore (*Della Conoscenza intellettuale* II) y otros.

Para nosotros el criterio señalado por A. Jourdain en sus *Recherches critiques* etc., es el que en general debe prevalecer al juzgar las relaciones arábigo-cristianas de la Edad Media. Después de dicho concienzudo estudio, en efecto, no parece pueda ya dudarse: que los escritos de Aristóteles manejados por los latinos y llegados á ellos por fuentes latinas, estuvieron reducidos antes del siglo XII á la parte dialéctica de las obras de Aristóteles. La traducción latina de otras obras de éste comienza á usarse en el siglo XIII. De estas traducciones, unas provenían del griego y otras del árabe, sin que sea posible determinar en particular si la prioridad corresponde á las griegas ó árabes, por aparecer unas y otras empleadas simultáneamente. En igualdad de circunstancias, y todas las veces que podía conseguirse una versión del griego, era constantemente preferida á cualquiera del árabe. Por esto se ve que Alberto Magno se vale de versiones del griego en varios trabajos de Aristóteles, y de versiones del árabe en otros escritos del mismo, como se colige de la lectura de sus obras. Pero ya Santo Tomás ha podido utilizar

entre los cuales se distinguió el gramático Ben Hayan, á quien se atribuyen centenares de tratados filológicos. Al lado de Malek debe figurar el nombre de J. Ibn Isaac Asekaiti, cuyo li-

traducciones hechas sobre el texto griego exclusivamente, y á sus instancias hubo de hacerse otra versión de Aristóteles de la lengua original.

Como conclusiones en lo que este asunto se relaciona con nuestro objeto, diremos: 1.º que los filósofos y teólogos de la Edad Media en general no han utilizado á Aristóteles ni á los demás filósofos griegos sino mediante la lengua latina. El texto griego y el texto árabe sólo han sido intermediarios, quedando así la cuestión restringida al origen inmediato de las versiones latinas. La forma en que se efectuaban las traducciones era peculiar de aquellos tiempos y circunstancias. Regularmente un judío, ó un musulmán traducía al idioma vulgar, y un clérigo asistente se encargaba de hacer la traslación al latín, siguiendo las huellas del primero; lo mismo acontecía con el griego cuando el traductor no era latino, ó desconocía este idioma, llevando en uno y otro caso la traducción el nombre del segundo traductor por regla general; 2.º que si bien no se han servido los escolásticos del texto griego por la mayor facilidad que les prestaba la lengua latina, no puede decirse que aquel idioma fuese totalmente ignorado en la Edad media. Las relaciones de los ortodoxos griegos con Roma, las que resultaron de las Cruzadas, y el deseo de los Pontífices de mantener en la comunión romana la Grecia que aun perseveraba, eran motivos suficientes para que no se echase en olvido el lenguaje helénico. Por eso vemos (reproduciendo á este objeto lo que en otro lugar decimos de la cultura lingüística medioeval) que Inocencio III se dirigía á los obispos franceses y á la Universidad de París, pidiéndole *personas hábiles* para enviar á los griegos y ver de consolidar entre ellos la unión religiosa. Felipe Augusto con el mismo objeto creaba en París un colegio "constantinopolitano" para educación de jóvenes de Grecia. Durante los siglos X y XI abundan en el mediodía de Francia comerciantes griegos, y una comunidad de monjes de aquel país viene á establecerse no lejos de Marsella. Escoto Erigena conoce el griego; lo saben igualmente Ekkard, Notker y Remy de Auxerre. Más tarde las diversas traducciones de Aristóteles hechas sobre el original por distintos autores, demuestran que la lengua helénica tiene cultivadores; y Roger Bacon manifiesta que con suma facilidad puede encontrarse en Italia quien entienda y traduzca dicho idioma.

Entre los que traducen directamente del griego á Aristóteles están: Jacobo de Venecia, el primer traductor cierto del Estagirita que aparece al desarrollarse la escolástica; Roberto de Grossatesta "vir in latino et graeco peritissimus", dice Mateo de París; Enrique Bravant y Guillermo de Moerbeke, que traducen á petición de Santo

bro *Del correcto modo de hablar* «jure dixeris bibliothecam arabicam litterariam», según escribe Casiri en su *Bibl. arab. hisp.* (t. I); y con los mencionados pudieran enumerarse otros

Tomás de Aquino; Bartolomeo de Mesina, y, en colaboración, Durando de Auvernia. Cuéntanse hasta nueve traducciones de distintos tratados aristotélicos, cuyos autores no pueden determinarse con exactitud.

3.º Que si bien las relaciones árabe-judaico-cristianas son en el orden científico anteriores al siglo XII, en este siglo comienzan las traducciones latino-árabígas á ser conocidas entre los escolásticos mediante la escuela de Toledo, á cuya cabeza figuran el Arce-diano Dom. Gundisalvo y el judío Avendehut, importadores del Aristóteles árabe en idioma del Lacio. A favorecer este movimiento filosófico-árabe, contribuyó no poco la traducción de Averroes hecha bajo los auspicios de Miguel Scoto, iniciador del averroismo en Italia (Dante le coloca por sus ideas en el infierno, *Inf.* canto XX).

4.º Que la influencia filosófica ejercida por los árabes si es innegable, no ha llevado á la escolástica los principios sistemáticos árabes, como lo demuestra la antítesis de éstos con los del escolasticismo. Así las traducciones de Averroes, los extractos árabe-aristotélicos, como los de Avicena y Al-Gazzali, estuvieron tan lejos de prevalecer, que fueron por el contrario abiertamente reprobados por la autoridad eclesiástica y por la Universidad de París. Y sea que en aquella reprobación se incluyese el texto mismo de Aristóteles, como quieren algunos (entre ellos Tálamo, *L' Aristotelismo della Scholastica*), sea que se trate tan sólo de extractos hechos por los árabes como afirman otros (Jourdain, *Recherch. crit.* etc.; Renán, *L' Averroisme* etc.), basta al intento que el pseudo-aristotelismo musulmán haya sido objeto de tales precauciones, para ver que era esta dirección muy encontrada con la que tomaron los latinos. Cualesquiera que fuesen los motivos que determinaron á Kilwardely, Arzobispo de Cantorbery, á extender á la Universidad de Oxford, de la escuela franciscana entonces, la censura de las proposiciones de París, no legítima la conclusión de Renán, de Haureau, de Rosmini etc., al deducir que la escuela franciscana estaba contagiada de arabismo. Alejandro de Ales, Duns Scoto, Roger Bacón..., están tan lejos del averroismo psicológico y demás exposiciones árabígas, como el que más alejado esté entre los escolásticos.

En cuanto á Alberto Magno y á Santo Tomás que personifican el aristotelismo latino de la escolástica, debe decirse: a) que si bien ni uno ni otro han hecho sus comentarios sobre el texto griego, contra lo que piensa F. Palermo en su *Santo Tommaso, Aristotele e Dante*, y esto se ve por el conjunto y lo revela la mención que hacen de las variantes de otra versión (*alia litera, alia translatio, litera Boetii* etc.), es posible tuviesen á mano dicho texto ó medios de conocer su contenido, por las alusiones que hacen alguna vez al origi-

muchos, que si no tienen el mérito de originalidad, no les falta el de la erudición (1).

nal (*ut in graeco habetur* etc.); b) que si Santo Tomás ha utilizado exclusivamente versiones latino-griegas, Alberto Magno revela haberse servido unas veces de dichas versiones, otras de las latino-árabígas, según se desprende del lenguaje y términos que emplea; c) que uno y otro demuestran ciertos conocimientos griegos: hacen notar, p. ej., las variantes del texto original con relación á las versiones; se detienen en advertencias filológicas y gramaticales sobre el griego, sobre vocales y consonantes, sobre los géneros de ciertas palabras, sobre las diferentes significaciones de palabras en griego que sólo se distinguen por tener vocal larga ó breve, sobre el uso del artículo y proposiciones, sobre el de algunos tiempos del verbo en griego y en latín; explican la etimología griega y transcriben en caracteres propios ciertas palabras que se proponen distinguir de otras que escriben en caracteres latinos; hablan del orden del alfabeto, de haber visto obras de Aristóteles aun no traducidas al latín etc.

Todo ello sin embargo no constituye prueba segura, y tal vez son más inciertos otros indicios que pudieran aducirse (v. Guyard, *Utrum S. Thomas coluerit linguam graecam*, y con él Rosselli, *Summ. Phil.* I; Tálamo, ob. cit., Rossi, Pierrón etc.). Es de advertir que Escoto hace también algunas observaciones gramaticales de índole análoga á las mencionadas, y sin embargo no sabía griego, según él mismo declara en la *Metaphisica*. Esto que hacemos notar respecto á Escoto, nos autoriza para juzgar de muy dudosa eficacia las pruebas, de suyo harto vagas é inseguras, en favor de los conocimientos helénicos de Alberto Magno y del Aquinense.

(1) "En poco tiempo, escribe el abate Andrés (*Orig., progresos* etc. *de toda literat.* I), se difundió el gusto de la lengua por todos los estados árabígos, y se encontraron en todas partes muchos gramáticos ilustres. Pues del mismo modo que Saibuiah adquirió en Asiria singulares alabanzas, se distinguieron entre los profesores de aquel arte Al Giorgian y Alzamkhaschri en la Persia, Ebn Alhabeg y Ebn Heschem en Egipto, Agrumi en Africa y Malek en España. Sólo esta península cuenta un número casi infinito de gramáticos famosos que ilustraron mucho la lengua árabe, ya con comentarios, ya con nuevos métodos, ya con poemas sobre la gramática, ya con exposiciones de los poemas."

Schamseldin Al-Ansari en la *Hist. de las antig. árabígas*, cuenta buen número de filólogos y gramáticos que precedieron á la formación de las escuelas de Bassora y Cufa. De los tratados de *Retórica*, en cuanto se refieren á nuestro objeto, debemos recordar el *Método de escribir* de Abú Mahomed Abdallá, que á más de instituciones retóricas y poéticas, contiene principios gramaticales; *El prado florido* de Assiuthes, por su erudición árabe, de donde confiesa

Se ha disputado sobre cuáles hayan podido ser los orígenes de la gramática entre los árabes; si la han recibido de los siros, cuya influencia en la literatura árabe fué bien marcada; si de los griegos, de quienes les llegó, aunque mediatamente el reflejo de la filosofía, ó si se trata de creación indígena y propia de los mismos árabes. Esto último es lo más verosímil, en el sentido en que se dice que todo pueblo hace su lengua y

Poco haber tomado los mejores datos de su *Ensayo de hist. árabe*; y, omitiendo otros muchos, la *Llave de las ciencias* de Alsekaki, á quien se le ha llamado el Quintiliano de los árabes. Dividido su libro en tres partes, el primero se ocupa *De los preceptos de la gramática*, al cual siguen los de la oratoria y retórica, formando un conjunto verdaderamente filológico. Para otros datos v. el *Dizionario degli Autori arabi piu celebri* etc. de J. B. De Rossi, la *Storia della letteratura araba sotto il Califfato* de F. De Bardi, el trabajo de Wüstenfeld, *Die Geschichtschreiber der Araber*, y asimismo los recientes trabajos *Geschichte d. Arabisch. Litterat.* de Bockelmann, la *Litterature arabe* de Huart, y la *Litterary History of Persia* etc. de Browne, con datos sobre el arabismo. Véase también el concienzudo estudio general de Goldriher, *Abhandlungen zur arabischen Philologie*, ampliación de los *Muhamedanische Studien* del mismo autor.

En el último tercio del siglo XIX señalóse con el marcado movimiento filológico hacia las literaturas orientales, el correspondiente al arabismo. Efecto de este movimiento fué la publicación de algunas Misceláneas de carácter lexicográfico, diccionarios mal ordenados y abundosos en trozos de poesías compuestas por los primeros gramáticos árabes, tales como las *Rarezas filológicas* de Abizaid (1894) y la *Crítica del lenguaje* de Ibnas-Sikkít (1897), entre otras. En 1888 editaba Goguyer dos obras gramaticales, la *Alfyah* y la *Laminiga* de Ibn Malik; en 1889 terminaba Derenbourg de publicar un monumento gramatical árabe, el *Kitab* de Sibawaihi, y en 1895 Van Ploten sacaba á luz un diccionario árabe singular, el *Mafatih al Olum*, ó Clave de las ciencias, resumen de tecnicismos científicos. A favorecer el estudio glotológico-filológico árabe contribuyen el *Corpus* de inscripciones árabes comenzado por Van Berchen, el *Corpus* de inscripciones en *himyar* dirigido por Derenbourg, del cual dialecto é inscripciones publicó Hommel un epítome gramatical con su *Südarabische Chrestomathie*, y las investigaciones epigráficas de especialistas como Mosdtmann, Glasser, etc.

Entre los trabajos gramaticales modernos hechos sobre el árabe según los principios de filología comparada, merecen especial mención el *Cours d'Arabe* de De Vaux y la *Grammaire arabe* de Donat-Vernier, calcada en fuentes árabes.

consiguientemente fija las leyes de su gramática, reduciéndose á simple hecho de observación el clasificar los elementos técnicamente. El tecnicismo gramatical de *nombre, verbo, partícula* etc., cuya invención atribuyen los árabes á Ali, es sin duda de importación extranjera entre los filólogos árabes; mas no así el cuerpo gramatical, que ha sido obra de necesidad, impuesta por las exigencias de su libro sagrado, según queda dicho. Los siros, si bien llegaron á ser universales maestros de los árabes no lo fueron antes del imperio de los Abasidas, cuando ya poseían la gramática; y los griegos únicamente ejercieron su acción mediante los siros. Por otra parte ni siros ni griegos aparecen enseñando á los árabes sino en la esfera científica, sin que se trasluzca la menor intervención gramatical y lingüística, ó hagan alusión á ello los escritores musulmicos, que ciertamente no dejarían de consignarlo, como consignan la influencia de aquéllos en las demás ciencias (1). En tiempos

(1) Lo que decimos de la lengua puede aplicarse á la poesía árabe, que no tiene nada del clasicismo griego, ni le han conocido nunca los antiguos poetas del Islam. Como la poesía hebrea es de los hebreos y la siríaca de los siros, la poesía árabe es propia de los árabes, sin que sea bastante la fuerza del hábito ni de la reflexión estética para borrar la distancia inmensa que separa la musa aria de la musa semítica. Sin duda que el primitivo lirismo (fondo común de toda poesía semítica) está entre los árabes lejos del amaneramiento y complejidad de la poesía musulmana posterior, y que la simplicidad de los dísticos en la *kasida* prekoránica contrasta con la composición orgánica, con el romanticismo ampuloso y de artificio que comienzan en tiempo de los Abasidas, y el contacto con los esplendores literarios de la Persia y aun de la Siria contribuyeron á desarrollar. Con todo, el tipo semítico destácase tanto en las primeras genuinas composiciones árabes como en las más tardías y bastardeadas, así como es imposible confundir el complicado mecanismo del arte poética de los árabes con la versificación sencilla de nuestras composiciones. (Cf. entre otros gramáticos, Calligaris, *Il nuovo Erpenio* —Prosodia—, que es un trasunto de Freytag, Bresnier y Sacy, en métrica árabe. Un bosquejo de ésta puede verse en la *Hist. crítica de la lit. española* de Amador de los Ríos, t. II).

Desconocedores los antiguos árabes de la escritura y aun enemigos de ella, no coleccionaron las primitivas obras poéticas. A los gramáticos de las dos escuelas de Bassora y Kufa, cerca de dos siglos después de Mahoma, es debida esta importante labor que emprendieron más que por fines poéticos, con objeto de reunir pruebas de la riqueza del idioma árabe para la célebre contienda dicha de los *nacionalistas*. De ahí la forma de colección llamada con nombre